



Somos personas con aguante - pacientes

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

“Construir.... Una persona capaz de vivir y superar la contradicción y el conflicto, que vive permanentemente en la inseguridad: por un lado experimenta una múltiple limitación y por otro advierte que posee en sí misma una ilimitada capacidad de desear”.
(LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA)

1. ¿Con paciencia?

“En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo: Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). Esta es la realidad en la que vive el cristiano. Por una parte, dificultades, sufrimiento, como todos los seres humanos; con el añadido de padecer por ser cristiano, por su fe. Con la certeza creyente, por otra parte, de que el Señor ha vencido ya lo negativo del mundo. Este es nuestro punto de partida.

Aguante ante las dificultades. Perseverancia a pesar de ellas, en medio de ellas. O paciencia. ¿Paciencia? Sí. Sólo que hace falta entender bien esta palabra. Estaremos de acuerdo en que, normalmente, la paciencia suele ser entendida como resignación pasiva: “¿Qué le vamos a hacer? Las cosas se presentan o son así. No hay más remedio que aguantarse y sufrirlas con resignación”. Así reflejamos lo que pensamos sobre la paciencia. “La paciencia no cotiza demasiado alto en la bolsa de valores... La paciencia evoca, con excesiva facilidad, la imagen de la pasividad, la actitud de quien espera que *las cosas vengan o sucedan*” ∴ “La paciencia ha sufrido un deterioro que no merece. Se ha convertido en sierva de la sumisión, cuando en realidad es la gran ayuda de la rebelión y de la creación”.

Esta última afirmación nos sitúa ante el verdadero sentido de la paciencia. Así podemos entender el hecho de que el Nuevo Testamento emplee este término con una cierta frecuencia. Porque no lo emplea en el sentido negativo, que muchos atribuyen a la paciencia. Nos puede servir, para empezar, esta definición de la paciencia: “es la virtud de quienes hacen la historia, la paciencia de la acción

establecida en la duración del tiempo". "Tomás de Aquino, en su espléndido *Tratado de las pasiones*, decía que mediante la paciencia el hombre es dueño de su alma. En una bellísima frase dice: +La paciencia preserva al hombre del peligro de que su espíritu sea quebrantado por la tristeza y pierda su grandeza+ Es decir, la relaciona con la grandeza, no con la mezquindad. Yo la valoro mucho como una gran virtud creadora"

Esta es la clase de paciencia que se refleja en la Sda. Escritura. Aquella que hace la historia porque persevera en sus proyectos y objetivos por muchas resistencias que encuentren. La paciencia la tienen todas aquellas personas que son constantes en la acción a través del tiempo por muy hostil y duradero que se presente éste. Es importante afirmarlo desde el principio. Para que, cuando nos encontremos con esta palabra en la Biblia, no la interpretemos mal, en sentido pasivo y negativo. El N.T. nos ofrece una idea de la paciencia como actitud o virtud activa, creadora, positiva, fuerte y resistente. Así la vamos a descubrir. Nuestro punto de partida no es la definición anterior para confirmarla desde la Biblia. Partimos de la Biblia en la que encontramos la paciencia tal como es vista desde Dios. Y que coincide con la definición anterior y la supera, precisamente porque la actuación de Dios la enriquece.

La primera constatación sobre la paciencia en la Escritura es precisamente que se trata de una de las actitudes que se les atribuyen al Padre y a Cristo. "¿Desprecias acaso la inmensa bondad de Dios, su paciencia y su generosidad, ignorando que es la bondad de Dios la que te invita al arrepentimiento?" (Rom. 2,4)⁵. La paciencia de Dios es fruto de su bondad para con nosotros. De tal manera que la paciencia, aplicada a Cristo, es para nuestra salvación. Como si se nos dijera: ¡Pobres, si Dios no tuviera paciencia con nosotros! "Y no es que el Señor se retrase en cumplir su promesa como algunos creen; simplemente tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que alguno se pierda, sino que todos se conviertan" (2 Ped. 3,9). Y a continuación: "Considerad como salvación la paciencia de nuestro Señor" (v.15). El Padre y Cristo tienen paciencia, "aguantan", para nuestra salvación. Saben que somos tozudos y lentos.

- La paciencia tiene, en una primera aproximación, un significado de actitud vital permanente: aceptar y vivir serenamente las dificultades de la vida. Porque "la caridad es paciente" (1 Cor. 13,4). "Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos los unos a los otros con amor" (Ef. 4,2). "Revestíos de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia" (Col. 3,12). Se trata de la postura positiva de acoger, de comprender, de respetar a los otros "con amor", de no tener prisas avasalladoras. Porque todo crecimiento humano es largo. Hace falta tiempo para llegar a ser persona adulta y, mucho más, transformada. Se trata de una tarea a largo plazo que supone la implicación de los sujetos, el vencimiento de posibles tentaciones de abandonar y la superación de reales resistencias.

Lo contrario a la paciencia es la intolerancia, el rechazo, el juicio duro, el nerviosismo, las prisas, el mal genio, la imposición, el no respetar personas, procesos, posibles retrocesos. La paciencia, por otra parte, no tiene nada que ver con la calma mortecina, con dejarlo todo para mañana por sistema, con el pasotismo al que todo le da igual. Ni las prisas irrespetuosas, ineficaces, impositivas; ni la tranquilidad pasiva e inoperante. La paciencia se sitúa entre esos dos extremos.

- La paciencia también tiene mucho que ver con la perseverancia, con la insistencia en lo que uno cree, pero llena de respeto, sin atosigar, con humildad. Volver a ofrecer, volver a intentarlo a pesar del fracaso. "Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta usando la paciencia y la doctrina" (2 Tim. 4,2). Esto es posible cuando se vive otro aspecto de la paciencia como perseverancia:

“el que perseverare hasta el fin, ése se salvará” (Mt. 10,22)⁶, dice Jesús después de hablar incluso de persecuciones. Se trata, pues, de la perseverancia en la fe. “Si perseveramos, también reinaremos con Él” (2 Tim. 2,12). Resulta, entonces, normal – y ahora lo podemos entender mejor – que se nos diga: “Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor” (Sant. 5,7-8). Paciencia es, en el fondo, confianza en el Señor y en el cumplimiento de sus promesas.

- Y un último dato fundamental: “la tribulación produce paciencia; la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida, esperanza” (Rom. 5,3-4). Aquí encontramos un breve tratado sobre la paciencia: se ejercita en la tribulación; sin ésta no hay paciencia. Sólo la resistencia, el aguante ante las dificultades, engendra paciencia. La prueba de una virtud sólida, consistente, fuerte, la encontramos en la paciencia. La virtud sólida se prueba en la paciencia; la paciencia hace sólida a la virtud. No acaba todo aquí. El fruto último de la paciencia es la esperanza: una de las tres virtudes o actitudes teologales, es decir, uno de los componentes esenciales de la vida cristiana juntamente con la fe y el amor-caridad. Por lo tanto, la paciencia bien entendida está en relación directa con las virtudes teologales. Porque tiene su fundamento en Dios, su fin es el Reino de Dios esperado y trabajado. Y su posibilidad definitiva para nosotros está en el Espíritu Santo: “la esperanza no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones” (Rom. 5,5).

- La paciencia, gran conclusión, es madre, hija y prueba de la esperanza. Madre, porque engendra la virtud sólida. Hija, porque nace de ella, de la esperanza. Signo y señal, porque sin la paciencia, sin el aguante, la esperanza no sólo no es visible y activa, sino que no existe al no dar señales de vida por medio de la paciencia. Forman un círculo fecundo la paciencia, la virtud sólida y la esperanza. Tiene razón la sabiduría popular o quien acuñara la frase cuando dice: “La esperanza es la paciencia en tiempo de fiesta. La paciencia es la esperanza en tiempo de faena”. La relación entre ellas queda clara en esta afirmación.

2. Entre la contradicción y el conflicto

Hecho este breve recorrido bíblico, volvemos a la vida. Realmente, la Palabra de Dios no nos ha alejado de la realidad, más bien parte de ella y a ella nos remite enriquecidos con su mensaje de salvación y, por tanto, de luz profunda.

Realmente nuestra existencia personal y comunitaria se debate entre el ideal que soñamos y que querríamos llevar a nuestra vida, la contradicción en nosotros con ese ideal tal como lo encarnamos y el conflicto que experimentamos a nuestro alrededor y, también, dentro de nosotros.

Cuando hablamos de ideal lo entendemos en sentido positivo, de realización personal y comunitaria, de realización satisfactoria para mí, pero siempre incluyendo a los demás. Así es, al menos, en nuestra fe y opción cristianas.

- El ideal al que nos sentimos llamados y al que hemos dicho sí, es alto, muy alto: “Sed santos, perfectos, misericordiosos, como vuestro Padre celestial es santo, perfecto y misericordioso” (Lev. 19,2; Mt. 5,48; Lc. 6,36; 1 Ped. 1,15). Y lo queremos sinceramente. Aunque no nos atrevamos a decirlo, es lo que perseguimos. De lo contrario no creeríamos verdaderamente en Dios. Soñamos y queremos también “una Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; una Iglesia santa e inmaculada” (Ef. 5,27), tal como Cristo la quiere. Este ideal para nosotros y para la Iglesia lo buscamos en la Palabra de Dios. Y ahí lo encontramos descrito con detalle.

Pero nos miramos a nosotros mismos, a nuestros grupos y comunidades, a la Iglesia parroquial, diocesana y universal y nos encontramos lejos, muy lejos del ideal. Aunque reconozcamos, si no somos masoquistas, que algo hay en nosotros y en la

Iglesia que responde a ese ideal, que vamos tras él y que no lo olvidamos, llegamos a sentirnos pesimistas, desilusionados, impotentes.

- Esto produce en nosotros un conflicto que nos desasosiega y que, incluso, nos quita la paz y un poco o un mucho de alegría. Porque descubrimos que no somos fieles a Aquél y a aquello en que decimos creer. San Pablo nos dejó un aguafuerte de esta situación: “No acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero sino lo que aborrezco... El querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo no... Cuando quiero hacer el bien, se me impone el mal... ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que es portador de muerte?” (Rom. 7,14-24). Conflicto que lo sentimos también en nuestro interior con la Iglesia: ¿Merece la pena pertenecer a eso que se atreve a llamarse comunidad y signo de Cristo en el mundo, que pretende extender la salvación a todos y es como es?

- El conflicto se hace también exterior a nosotros. Queremos vivir y anunciar el Evangelio y, cuanto más fielmente creemos que lo hacemos, más oposición encontramos a nuestro alrededor, más rechazo y oposición. ¿Para qué me esfuerzo si lo que encuentro es incompreensión o risas en mi entorno o el silencio por respuesta? Cuando buscamos y trabajamos sinceramente y con amor por una Iglesia más fiel a su Señor y mejor servidora del hombre de hoy, nos sorprendemos con cierta frecuencia de las resistencias que descubrimos o sufrimos de parte de los mismos hermanos en la fe, incluso de los Pastores. Chocamos contra el muro de la rutina, de las costumbres folklórico-religiosas, de tradiciones de ayer que ya no responden al hoy que vivimos y que se empeñan, ineficazmente evangélicas, en permanecer. ¿Es verdad, nos preguntamos entonces, que la Iglesia quiere renovarse aunque lo esté constantemente proclamando? La tentación de abandonar -¡ahí os quedáis con vuestro montaje!-, se nos hace fuerte, viva, atrayente, oferta de tranquilidad.

Se impone, para llegar a hacer de la paciencia una actitud interior asumida y vivida, aceptar con clarividencia que la paciencia “es también la capacidad de *padecer*, pues la historia comporta, indefectiblemente, un *padecer*. La experiencia nos enseña que actuar es, en la misma medida, someterse (*padecer*) y dominar. Los que hacen la historia saben obedecer a lo real: se toman el tiempo necesario para conocer la realidad material, social o humana que quieren transformar. Tienen la *paciencia* de aprender. Tienen también la *paciencia de esperar su hora*”.⁷ Aceptar, pues, la dificultad de lo real, en la sociedad, en la Iglesia, y no dejarse vencer resignadamente por ella es componente esencial de la actitud paciente. Actitud que se convierte, entonces, en pasión, en decisión permanente, que no teme soportar y sufrir las resistencias de lo real.

- Hay más todavía, si nos parecía ya mucho. El trabajo paciente va acompañado, además, por la inseguridad. No sabemos si lo estamos haciendo bien, si nuestro camino es el correcto, si somos sinceros y libres o interesados, si no estaremos equivocados. Y Dios no habla, está callado no sabemos dónde; le preguntamos y no responde con la claridad que queremos y que necesitamos según nos parece. Nos hacen dudar las diferentes concepciones y prácticas de tantos y tan diferentes grupos que todos igualmente nos llamamos cristianos. ¿No será mejor y más gratificante olvidarme de lo imposible y quedarme en lo mío y con los míos? Pero, ¿me sentiré, si abandono, más a gusto? La inseguridad nos acecha y no encontramos modo de olvidarnos de ella. Permanente situación de desconcierto y de hacerse preguntas.

No se trata de que nos quita la dificultad de esta postura ante la vida, pero la contemplación de Jesús es el camino para el creyente que quiere resistir en el intento. El permaneció firme hasta el final. Con el mismo objetivo: el Reino de Dios, y siempre soportando y superando toda oposición. Pongámonos en la misma óptica de Jesús y aceptemos su modo de proceder: entrega gratuita y generosa, servicio

desinteresado, comunión solidaria con el hombre, confianza en el Padre. Si no nos salimos de ahí, vamos por el mejor de los caminos, aunque reduzcamos a veces la marcha, aunque nos tomemos un respiro de egoísmo o nos cansemos de tanto caminar entre pedruscos y rastros. Jesús, el caminante del Padre y del amor, dice a los que siguen sus huellas:

3. "Yo he vencido al mundo"

- La pregunta de San Pablo, recogida más arriba, tiene una respuesta que el mismo apóstol se da: "¡Tendré que agradeceré a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor!" (Rom. 7,25). Así lo creemos con Pablo. Esa afirmación nos sostiene.

No para cruzarnos de brazos. Sí para vivir pacientemente, resistiendo: "El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?... Si un ejército acampa junto a mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo" (Salmo 26; precioso para "pedir paciencia", aguante, resistencia). Paciencia hasta la cruz, paciencia de Dios, resistencia de Cristo hasta el final.

Sin una fe fuerte, sin echar raíces en Dios, tarea inútil: "Si no creéis, no resistiréis!" (Is. 7,9). "¡Auméntanos la fe!" (Lc. 17, 5). "Creo, ayuda a mi falta de fe" (Mc. 9,24). "¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá" (Lc. 1,45).

- Resistencia y sumisión, así resumió el teólogo luterano D. Bonhoefer la actitud cristiana en los momentos difíciles, duros de la existencia. Y lo formuló cuando estaba en un campo de concentración en el que fue asesinado, sacrificado brutalmente. No podremos encontrar hoy probablemente una situación peor que la suya. Desde ella y en ella convirtió la teología en actitud vital, creyente en el límite y hasta el límite. Como tantos pobres que viven y resisten, desde su pobreza, en el compromiso por la liberación.

Soportarlo todo desde la confianza en el Señor. Mantenerse firme. Ser fiel hasta el fin y sean cuales sean los rechazos, sufrimientos, dificultades y lentitudes con que nos encontremos. La paciencia es la esperanza encarnada, hecha realidad, en su aspecto más concreto de firmeza y aguante ante todo.

- Y sumisión. No a cualquiera, sino al Señor. Aceptada libremente desde la fe. Sumisión aquí es confianza en el Señor. Nacida de una doble certeza: "El Señor es fiel" (2 Tes. 3,3)⁸. Y la segunda certeza: "Mis planes no son como vuestros planes, ni vuestros caminos como los míos" (Is. 55,8), son "inexcrutables" (Rom. 11,33). Nuestros proyectos y acciones no siempre coinciden con los de Dios. Estos nos sorprenden muchas veces. No sólo eso, sino que además el ritmo de Dios es distinto al nuestro. Justamente porque nace del amor que respeta nuestra libertad. De ahí que su ritmo sea más bien lento. Ahí tenemos las parábolas del lento crecimiento del Reino: la semilla, el trigo y la cizaña, la mostaza y la levadura (cfr. Mt. 13). Lo cierto es que aunque el sembrador "duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo" (Mc. 4,27).

Si partimos de esta doble certeza, la paciencia es posible y sabe esperar el fruto aun cuando éste no sea el previsto. Lo desacertado sería ponernos nerviosos o enfadarnos por este ritmo lento. La experiencia nos dice que el avance del Reino de Dios no es como el de una carrera en la que vence quien más corre. Crece poco a poco y entre dificultades. Lo constructivo es asumir la paciencia de Dios y las resistencias humanas y, desde ahí, vivir la paciencia como actitud permanente. Porque Dios ejercita la paciencia para nuestra salvación. El sabe esperar.

● La paciencia cristiana es escatológica: el fruto definitivo será al final y don de Dios. Ahora nos debatimos entre el ya –“el Reino de Dios está entre vosotros” (Lc. 17,21)⁹ - y el todavía no –“hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su Reino” (Mt. 16,28)¹⁰ - . Mientras llega, es tiempo de “violencia”¹², es decir: tiempo de trabajo y de resistencia ante el mal, tiempo de esfuerzo, tiempo de paciencia. Tiempo en que el verdadero cristiano con aguante sabe descubrir también los pequeños brotes de esperanza que surgen en su entorno, en la Iglesia y en el mundo: “Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis? Trazaré un camino en el desierto, senderos en la estepa” (Is. 43,29).

● Si el Padre nos respeta porque es fiel y paciente, el cristiano también debe respetar el proceso de las personas, también el suyo propio, sobre todo cuando es más lento de lo esperado o deseado. Respeto que no es lo mismo que dejación de responsabilidad. El verdadero cristiano con paciencia anima, propone, estimula sin cesar, y sin imponer, sin exigir demasiado o más de lo que puede o pueden dar los otros en cada momento. Actuará así si está convencido desde la confianza de que el Padre, Cristo y el Espíritu Santo no están ociosos, sino que siguen actuando sin períodos vacacionales. Y también será fundamental que no ponga la ilusión en los resultados, sino en la siembra, convencido de que fructificará antes o después, aunque haya tiempo de heladas, de pedrisco. Como el labrador.

Conclusión

“La paciencia es un arte difícil. ¿Acaso cada uno de nosotros no se siente constantemente tentado de perder la paciencia, de ponerse al margen de la historia?... Es un arte difícil y poco practicado. Hasta tal punto que, cuando vemos a alguien que lo *practica*, a personas que son agentes de la historia, a hombres y mujeres de acción, *comprometidas, militantes*, nos preguntamos: ¿qué energía les dinamiza? ¿Qué *interés* les produce la historia?”

“Así, pues, hermanos, esperad con paciencia la venida del Señor. Ved cómo el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperando con paciencia las lluvias tempranas y tardías. Pues vosotros lo mismo: tened paciencia y buen ánimo, porque la venida del Señor está próxima” (Sant. 5,7-8)

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarla
